

gobierno de esta revolución merece la amistad y la gratitud de todos los argentinos. Dije también que había que despertar en el pueblo un sentimiento de vergüenza por los delitos que mancharon doce años de nuestra historia y denuncié a quienes indirecta o directamente vindican ese largo espacio de infamia. Tales declaraciones, sin duda menos memorables que justas, han suscitado un extraordinario anatema, redactado en forma de diálogo. Los interlocutores son Ezequiel Martínez Estrada y un periodista; lo publica el diario *Propósitos*, en su número del 10 de julio. He aquí los párrafos pertinentes:

Es increíble el encanallamiento de cierta gente.

Naturalmente que nuestros cofrades, como usted anota muy bien, son de la peor calaña, de la mayor ruindad, porque no solamente se envilecen ellos sino que predicán el catecismo del envilecimiento. Oiga, por ejemplo, lo que ha dicho Borges en Montevideo, y convenga conmigo en que pocas veces se ha hecho una difamación tan elegante e irracional o incomprensiva al menos. «Aramburu y Rojas podrán estar a veces equivocados pero nunca serán culpables. Por eso considero mala la actitud de Martínez Estrada, por ejemplo, que ha dado conferencias y hecho publicaciones que significan un elogio indirecto a Perón» (en *La Acción* del 4 de junio, Montevideo). Así piensan de mí muchos turiferarios a sueldo...

Falsas piedades, ironías, injurias pintorescas y un aparatoso desdén exigen el género polémico; a mis años, me creo autorizado a prescindir de esas vanidades retóricas y paso directamente al asunto.

Ya que todo hecho presupone una causa anterior, y ésta, a su vez, presupone otra, y así hasta lo infinito, es innegable que no hay cosa en el mundo, por insignificante que sea, que no comprometa y postule todas las demás. En lo cotidiano, sin embargo, admitimos la realidad del libre albedrío; el hombre que llega tarde a una cita, no suele disculparse (como en buena lógica podría hacerlo) alegando la invasión germánica de Inglaterra en el siglo V o la aniquilación de Cartago. Este laborioso método regresivo, tan desdeñado por el común de la humanidad, parece reservado a los comentaristas del peronismo, que cautelosamente hablan de necesidades históricas, de males necesarios, de procesos irreversibles, y no del evidente Perón. A esos graves (graves, no serios) manipuladores de abstracciones prefiero el hombre de la calle, que habla de hijos de perra y de sinvergüenzas; ese hombre, en un lenguaje rudimental, está afirmando la realidad de la culpa y del libre albedrío. Está afirmando, para quien sepa oírlo, que en el universo hay dos hechos elementales, que son el bien y el mal o, como dijeron los persas, la luz y la tiniebla o, como dicen otros, Dios y el Demonio.

Creo que el dictador encarnó el mal y que es un prejuicio romántico suponer que su causa no fue perversa, por la sola razón de que hoy es una causa perdida. *Turiferario a sueldo* me llama Ezequiel Martínez Estrada; la injuria no me alcanza porque yo sé que la felicidad que sentí, una

mañana de septiembre, cuando triunfó la revolución, fue superior a cuantas me depararon después honras y nombramientos cuya esencial virtud, por lo demás, fue la de ser reverberaciones o reflejos de aquella gloria. Creí en la revolución cuando ésta no era otra cosa que una esperanza; sigo prestándole mi fe, ahora que es una realidad victoriosa.

Desde Montaigne, el escritor propende a dramatizarse, a ser el más tenaz de los personajes creados o proyectados por él. Ese personaje, en el caso de Ezequiel Martínez Estrada, es un profeta bíblico, es una especie de sagrado energúmeno. El profeta comporta impíos y malvados que apostrofar y Borges ha sido uno de ellos. No un Borges verdadero o verosímil, naturalmente, sino el Borges que exigen las convenciones del estilo profético. Un Borges tan ficticio como el Perón que es superior a cuantos lo precedieron y que inaugura en este país el gobierno técnico, el paso del baqueano al topógrafo.

[Documento 4]

Una efusión de Jorge Luis Borges

Por Ernesto Sábato

Publicado en *Ficción*, n.º 4, noviembre de 1956, páginas 80 y ss.

Hace muchos años, en un tiempo bastante más fácil y feliz, cuando escritores argentinos podían dedicarse a hermosos *jeux d'esprit* sin el sentimiento de culpa que probablemente sientan hoy, Borges planeó un ingenioso relato en que un teólogo lucha toda su vida contra un heresiarca, lo refuta y finalmente lo hace quemar; después que él mismo muere, constata que el heresiarca y él constituyen una sola persona. También, comentaba Borges, de alguna manera Judas refleja a Jesús.

Los hermeneutas de este escritor porteño no ignoran que esa especie de monismo es muy caro a su espíritu. A cada instante, en sus juegos de ingenio, tropezamos con frases del género de «todos somos de alguna manera Shakespeare» o «después de fatigar los falaces corredores del Laberinto encontró a su enemigo: era alguien que infinitamente se le parecía», etc. No son frases textuales de Borges (no tengo ahora tiempo para buscarlas), pero son representativos pastiches.

Los tiempos han cambiado. Para desdicha, y también para bien, doce años de violencias y humillaciones han sacudido nuestros espíritus y todos hemos redescubierto nuestro animal político; también Jorge Luis Borges, a su manera. Y como aquel estudiante culterano que el gigante de Rabelais encontró en un camino, y que respondía en dialecto jónico o en gótico o

en hebreo antiguo a las cordiales preguntas del gigante, hasta que indignado y harto éste lo sacudió por los fondillos y logró que por fin el sujeto hablase en buen dialecto materno, de puro saludable miedo que lo acometió; así también nuestro refinado literato olvida ahora sus juegos monistas y se instala violentamente en el dualismo más vulgar y silvestre, en el maniqueísmo más policial. ¡Al diablo con la infinita identidad de los contrarios! ¡Mal rayo parta al que pretenda escribir un cuentito en que el Contraalmirante descubra al morir, después de perseguir incansablemente con gorilas y cruceros al general derrocado, que él y este general son la misma persona! El enojo de veras de Borges se revela hasta en su lenguaje, generalmente tan aseado y preciocista: «A esos graves (graves, no serios) manipuladores de abstracciones prefiero el hombre de la calle, que habla de hijos de perra y de sinvergüenzas; ese hombre, en un lenguaje rudimental, está afirmando la realidad de la culpa y del libre albedrío. Está afirmando, para quienes sepan oírlo, que en el universo hay dos hechos elementales, que son el bien y el mal o, como dijeron los persas, la luz y la tiniebla o, como dicen otros, Dios y el Demonio». (*Sur*, número 242).

¿Por qué se irritó Borges? Porque Martínez Estrada lo atacó en su reportaje de *Propósitos*, a raíz de una conferencia que aquél dio en Montevideo. «Dije en Montevideo —aclara Borges en *Sur*—, y ahora repito, que el régimen de Perón era abominable, que la revolución que lo derribó fue un acto de justicia y que el gobierno de esa revolución merece la amistad y la gratitud de todos los argentinos. Dije también que había que despertar en el pueblo un sentimiento de vergüenza por los delitos que mancharon doce años de nuestra historia y denuncié a quienes indirecta o directamente vindican ese largo espacio de infamia».

Nada, pues, de andar con chicas y de jueguitos metafísicos, ahora; guarda con sostener que todos de alguna manera somos peronistas. Las cosas claras: de un lado el Mal, la masa obrera, la chusma, la roña, las alpargatas, eso que los persas llamaban Ahrimán; del otro lado, el Bien, los antiperonistas, Borges con Adolfo Bioy, eso que los persas llamaban Ormuzd.

Siempre ha constituido una fuerte tentación metafísica la de escindir la realidad en Mal y en Bien, y una comprensible tentación personal: la de colocarse, el que traza la raya, del lado del Bien.

La historia y el hombre, por desgracia, son más complicados. Y aquí no más, sin ir más lejos, basta pensar que la empresa Bemberg tendría que estar del mismo lado que Jorge Luis Borges para advertir que el asunto es un poco más enrevesado que lo que pensaban los persas.

En cuanto a las causas del peronismo, el prestigioso literato no quiere oír hablar más de determinismo histórico, pues declara: «Ya que todo hecho presupone una causa anterior, y ésta, a su vez, presupone otra, y así

hasta el infinito, es innegable que no hay cosa en el mundo, por insignificante que sea, que no comprometa y postule todas las demás. En lo cotidiano, sin embargo, admitimos la realidad del libre albedrío; el hombre que llega tarde a una cita no suele disculparse (como en buena lógica podría hacerlo) alegando la invasión germánica de Inglaterra en el siglo V o la aniquilación de Cartago. Este laborioso método regresivo, tan desdeñado por el común de la humanidad, parece reservado a los comentaristas del peronismo, que cautelosamente hablan de necesidades históricas, de males necesarios, de procesos irreversibles, y no del evidente Perón.

Según este dictamen, en que con su habitual falta de rigor filosófico Borges confunde una serie de conceptos y en que curiosamente relega el libre albedrío a la apariencia de la vida cotidiana —de modo que para ser coherente debería pensar que sólo en apariencia somos culpables del peronismo—; según este compacto galimatías en que parece ignorar que si los hombres hacen la historia, la hacen empero en circunstancias históricas ajenas a su voluntad; según, pues, esta singular efusión filosófica, el mundo de la historia sería una suerte de caótico continente, en que nada es causa de nada, en que todo sucede al azar y por un portentoso concurso de casualidades: ni el Renacimiento tendría nada que ver con la irrupción de la burguesía europea, ni la decadencia económica de Europa entre los siglos VII y XII con la hegemonía mahometana, ni Hitler con una guerra perdida, ni, para qué decirlo, la revolución de setiembre de 1955 con la existencia y la corrupción del régimen peronista. Según esta extraña y repentinamente iracunda doctrina, todo en la historia sería un caos indeterminado y gratuito, sin causas ni fines, sin dirección ni sentido: el reinado de la pura contingencia.

Nada de explicaciones y justificaciones, pues: ¡leña!

Nada de simétricos y ornamentales monismos, ahora. Nada de afirmar que «todos, de alguna manera, somos Perón». En cuanto a la justificación histórica del peronismo, a la discriminación de la parte de verdad que asistió al pueblo insurrecto —aunque fuera conducido por un siniestro demagogo—, al reconocimiento de su trágico desamparo durante tantos años en quebrachales y frigoríficos y yerbales —sin que Borges se ocupara de ellos en *Sur*—; en cuanto a los obreros y estudiantes que muchos años antes de Perón sufrieron cárcel, tortura y muerte por levantarse contra la injusticia social o por la enajenación de la patria a los consorcios extranjeros; en cuanto a todo eso, nada más que anatema e infamia.

Esta última palabra, tan frecuente en la literatura borgeana, es sin embargo una palabra temible y de tortuosos e inesperados alcances. Y es probable que su deshonrosa sombra alcance con el tiempo a los intelectuales argentinos que no tienen la suficiente grandeza espiritual para comprender